

Posicionamientos elitistas en los cuentos de Emilia Pardo Bazán: la relación amo-criado

CELIA ESTEPA ESTEPA

Universidad de Córdoba

l72esesc@uco.es

Título: Posicionamientos elitistas en los cuentos de Emilia Pardo Bazán: la relación amo-criado.

Resumen: En este trabajo se analiza el tratamiento literario que Emilia Pardo Bazán ofrece en su narrativa breve de la figura de los criados. Figura encuadrada en una relación de servidumbre que entrará, a finales del XIX, en profunda decadencia, golpeada por los nuevos aires de libertad difundidos por los movimientos liberales. Ello destapará una serie de conflictos en el seno del hogar burgués que atentan contra el mantenimiento del orden social tradicional, y ante los cuales la escritora gallega reaccionará haciéndose partícipe de un discurso elitista apoyado en los planteamientos del darwinismo social y las sociologías positivistas en boga.

Palabras clave: Emilia Pardo Bazán, narrativa breve, relación amo-criado, elitismo.

Fecha de recepción: 14/6/2022.

Fecha de aceptación: 14/11/2022.

Title: Elitist Attitudes in Emilia Pardo Bazán's Stories: the Master-Servant Relationship.

Abstract: This paper analyzes the literary treatment that Emilia Pardo Bazán offers in her short narrative of the figure of servants; figure framed in a relationship of servitude that will enter, at the end of the nineteenth century, in deep decline, hit by the new winds of freedom spread by the liberal movements. This will reveal a series of conflicts within the bourgeois domestic environment that threaten the maintenance of traditional social order, and to which the Galician writer will react by participating in an elitist discourse supported by the approaches of social Darwinism and positivist sociologies in vogue.

Key Words: Emilia Pardo Bazán, Short Narrative, Master-Servant Relationship, Elitism.

Date of Receipt: 14/6/2022.

Date of Approval: 14/11/2022.

El orden social y las relaciones entre clases son cuestiones abordadas con suma frecuencia por Emilia Pardo Bazán a lo largo de su trayectoria y en todas las esferas de su vasta producción. Algo natural en una atenta y perspicaz observadora de la realidad, y más aún si se tiene en cuenta que la élite aristocrática, a la que no solo pertenecía por nacimiento —era de

sangre hidalga— sino también por convicción¹, se estaba viendo amenazada por los nuevos aires de libertad e igualdad social que reivindicaba la democratización de la recién nacida sociedad de clases² y, por consiguiente, ponían en tela de juicio las antiguas jerarquías y relaciones entre individuos, firmemente forjadas en el Antiguo Régimen al amparo del orden divino³.

Ante este panorama, los miembros de la aristocracia, entre la segunda mitad del XIX y principios del XX, tratarán de afianzar la estructura social tradicional por medio de un discurso de rechazo y discriminación hacia esa alteridad que amenazaba su situación privilegiada. Ideas y planteamientos en consonancia con sus premisas acerca de la jerarquización social, que se englobarán en el término “elitismo”⁴, y con respecto a los que

-
- 1 Según ha documentado Xosé Ramón Barreiro Fernández, “Emilia Pardo Bazán en su tiempo histórico”, en *Estudios sobre la obra de Emilia Pardo Bazán: Actas de las Jornadas conmemorativas de los 150 años de su nacimiento*, ed. Ana María Freire López, A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2003, pp. 13-38, “la hidalguía le tocaba por todos los costados: por los Pardo, los Bazán, los Rúa-Figueroa, los Mosquera y los Somoza y colateralmente por los Piñeiro, Las Casas, los Ribera y los Salazar. Pero la hidalguía gallega, a pesar de los nobiliarios inventados interesadamente por las familias, bien sabemos que no tenía ‘época’ ni gozaba de gran prestigio en el escenario aristocrático. Por eso el título pontificio de condesa de Pardo Bazán [...] colmó inicialmente sus aspiraciones ‘de instalarse en lo más encopetado del edificio social’ de Madrid” (p. 16).
 - 2 José Sánchez Reboredo, “Emilia Pardo Bazán y la realidad obrera: Notas sobre *La Tribuna*”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 351 (1979), pp. 567-580 (p. 569).
 - 3 Lewis A. Coser, “Servants: the Obsolescence of an Occupational Role”, *Social Forces*, LII, 1 (1973), pp. 31-40 (p. 31).
 - 4 Y que serían posteriormente sistematizados como teoría política por Wilfredo Pareto (1848-1923) y Gaetano Mosca (1858-1941) a principios del siglo XX, a partir de la idea de la existencia de una élite o minoría superior que gobierna a la masa (Pedro Carasa, “De la burguesía a las élites, entre la ambigüedad y la renovación conceptual”, *AYER*, 42 (2001), pp. 213-237 [pp. 213-214]). Según Salvador Ramírez Gruzmacher, “Comentarios en torno a la teoría elitista de la democracia”, *POLÍTICA*, 22/23 (1990), pp. 193-200, las teorías elitistas se basan en dos premisas principales: las masas son por naturaleza incompetentes, y pueden presentarse de dos modos, bien inertes y moldeables, bien ingobernables e insubordinadas. Por consiguiente, la concepción elitista de la política tenía como premisa la inferioridad de las clases sobre las que se gobernaba, p. 193. Dicha visión elitista de la sociedad representaba, además, “la reacción de los valores de la vieja sociedad

doña Emilia mostraba una actitud abiertamente afín. Es más, la Condesa no desarrolló este discurso elitista únicamente en sus artículos de opinión y actualidad, sino que lo introdujo, de igual forma, en su ficción, como ya han observado en sus novelas varios críticos, quienes han reconocido en Pardo Bazán a “una feroz elitista”⁵, contraria a la posibilidad de ascensión social que la nueva organización de la sociedad ofrecía, y que incluso se jactaba de su “elitismo antidemocrático”, como señala su más reciente biógrafa⁶. De ahí que, según expone Sánchez Reborado, “en algunas ocasiones propugne un sistema de voto en [...] que la opinión de las gentes famosas por su saber o su dinero invertido en empresas valga mucho más —en número de votos— que la de un gañán o un obrero”⁷. Por otro lado, López Quintáns destaca “la singularidad de la argumentación, pero también [...] la contaminación con teorías diversas que subyacen en sus crónicas”⁸. Efectivamente, el discurso elitista se cimentará en una serie de razonamientos pretendidamente científicos, por valerse de

aristocrático-liberal decimonónica, en proceso de ruina ante la irrupción igualitarista de la democracia y del socialismo”, lo cual derivó en actitudes y comportamientos discriminatorios que pretendían “rebatir las grandes utopías igualitarias sociales del momento, [...] en las que veían un peligro consistente en que la masa acabara imponiéndose a la minoría” (Carasa, *op. cit.*, pp. 214-215).

- 5 Eva María Flores Ruiz, *Tormentos de amor: celos y rivalidad masculina en la novela española del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 2016, p. 146.
- 6 Isabel Burdiel, “Ideología, cultura y biografía: en torno a Emilia Pardo Bazán”, en *Carlos Forcadell. A propósito de la historia*, eds. Carmen Frías Corredor, Pedro Víctor Rújula López, Alberto Sabio Alcutén, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2020, pp. 256-264 (p. 262).
- 7 Sánchez Reborado, *op. cit.*, p. 576. De hecho, Isabel Burdiel, *Emilia Pardo Bazán*, Barcelona, Taurus, Fundación Juan March, 2019, pp. 110-111 y 113, señala el intento frustrado de Pardo Bazán por establecer una teoría política sobre un “absolutismo moderno”, para una “España en la nueva fase de consolidación de los Estados nacionales y de acceso de las masas a la política en el mundo occidental” cuya “premisa era, por supuesto, claramente elitista, lo que la alejaba en buena medida del modelo más democrático de Kant: eran únicamente los mejores los que podían definir las metas colectivas, la justicia y el bien común”.
- 8 Javier López Quintáns, “Justicia y orden social en las crónicas periodísticas de Emilia Pardo Bazán”, en *Et amicitia et magisterio: Estudios en honor de José Manuel González Herrán*, eds. Santiago Díaz Lage, Raquel Gutiérrez Sebastián, Javier López Quintáns, Borja Rodríguez Gutiérrez, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2021, pp. 351-359 (p. 351).

los postulados emanados del que se denominará darwinismo social. Una ideología, según González Vicén, en cuyo planteamiento “la lucha por la existencia reviste en la sociedad la misma virulencia que en la naturaleza, aunque quien prevalece en la sociedad no sea el individuo [...], sino sus ‘valores culturales’, el entramado de sus intereses, sus ideas, su situación de poder”⁹, y que comenzaba a calar en doña Emilia, que había conocido las sociologías positivistas de autores como August Comte y Herbert Spencer¹⁰.

En nuestro estudio proponemos atender estas cuestiones en su narrativa breve¹¹, un terreno fertilísimo, aunque tradicionalmente desatendido y olvidado por los estudios críticos pardobazianos, que se han centrado más en el análisis de su novelística, “cuando en un balance cuantitativo —e incluso cualitativo— de la obra pardobaziana, lo que más pesaría es el conjunto de sus narraciones breves”, de las que “apenas se han hecho sino rapidísimas menciones”¹²; si bien es cierto que en los últimos años los estudios e investigaciones sobre la ficción breve de Emilia Pardo Bazán proliferan y recuperan una enorme producción cuentística¹³ que

9 Felipe González Vicén, “El darwinismo social: espectro de una ideología”, *Anuario de filosofía del derecho*, 1 (1984), pp. 163-176 (pp. 171 y 174).

10 Julia Santiso, “Emilia Pardo Bazán. Actitudes e posicionamientos”, en *Cahiers Galiciens. Homenaje a Emilia Pardo Bazán*, ed. Dolores Thion Soriano-Mollá, Rennes, Centre d'études galiciennes, 2005, pp. 13-34, da cuenta del conocimiento y aprobación de doña Emilia de los postulados sociológicos de estos destacados autores. De hecho, la Condesa expresaba en *Por la España católica* la necesidad de “abarcar en una concepción más comprensiva las sociologías positivistas de Comte, de Spencer, de Scháffle, y las enseñanzas de la sociología cristiana” (p. 28).

11 Del corpus de más de medio millar de cuentos editados por Darío Villanueva y José Manuel González Herrán para la Biblioteca Castro, se han seleccionado aquellos a los que más jugo se les puede extraer, esto es, aquellos en que la relación amo-criado bien ocupa un lugar central, bien es especialmente significativa en lo que respecta al tema objeto de nuestro estudio.

12 Mariano Baquero Goyanes, *El cuento español en el siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1949, p. 169.

13 Gracias a la labor de investigadores como José Manuel González Herrán, Cristina Patiño Eirín, Javier López Quintáns, Ángeles Ezama Gil, entre otros, cuyos trabajos se suman a los estudios pioneros de Nelly Clemessy, Juan Paredes Núñez o Harry L. Kirby, que logran, además, revitalizar esta faceta de la autora gallega con ediciones actualizadas de sus cuentos, a las que se añaden gran cantidad de relatos recuperados de la prensa, y la publicación de recientes antologías y recopilaciones entre las que

prácticamente, como expone González Herrán, corre paralela a su intensa labor periodística y ensayística¹⁴. De hecho, ese carácter “documental”, de correlato de la realidad, de sus cuentos resulta, en nuestra opinión, conveniente y provechoso para alcanzar el objetivo de este estudio, esto es, analizar en qué estriba el elitismo de doña Emilia a través del tratamiento literario de la figura de los criados. Figura encuadrada en una relación amo-sirviente en decadencia y duramente golpeada por los movimientos liberales.

Y es que a finales del XIX la relación amo-sirviente se caracterizaba por su disfuncionalidad, por haber quedado “obsoleta”¹⁵: “unha vez proclamado o principio da soberanía popular queda xa na sociedade o ‘germen morboso’ ao que se refire dona Emilia: individualismo, insubmisión, rebeldía a toda autoridade imposta”¹⁶, que llevaron a los miembros del servicio doméstico a querer romper con un modelo de servidumbre arcaico en que “el sirviente compromete [...] con respecto a sus amos [...] hasta su propio ser”¹⁷. Los criados “ya no [se] sentían miembros de la familia del amo (suponiendo que alguna vez hubieran compartido esta visión de la élite) sino que contemplaban su situación [...] dentro de un marco de relación que ya era mucho más laboral que familiar”¹⁸, lo cual transformaba un vínculo hasta entonces estático, inamovible, e íntimo, en un

destacan *El vidrio roto. Cuentos para las Américas* (2014), *El encaje roto. Antología de cuentos de violencia contra las mujeres* (2018), *El peregrino y otras historias en Compostela* (2021), *La cita y otros cuentos de terror* (2021) o *Náufragas y camaronas. Relatos de mujeres* (2022).

- 14 José Manuel González Herrán, “Cuentos que reflejan la realidad”, *Videoteca de Emilia Pardo Bazán*, BVMC [en línea], 2012: <https://www.cervantesvirtual.com/portales/pardo_bazan/obra/cuentos-que-reflejan-la-realidad/>, (consultado el 04/04/2022).
- 15 Coser, *op. cit.*, p. 31.
- 16 Xosé Ramón Barreiro Fernández, “A ideoloxía política de Emilia Pardo Bazán. Unha aproximación ao tema”, *La Tribuna. Cadernos de estudos da Casa Museo Emilia Pardo Bazán*, 3 (2005), pp. 39-69 (p. 53).
- 17 Michelle Perrot, “Los actores”, en *Historia de la vida privada. La Revolución francesa y el asentamiento de la sociedad burguesa*, eds. Philippe Ariés, Georges Duby, Madrid, Taurus, 1991, pp. 95-309 (p. 184).
- 18 Juan Gracia Cárcamo, “Criados contra amos: La condición social de los sirvientes y los conflictos económicos con sus patronos en Vizcaya (siglos XVIII y XIX)”, *Cuadernos de Sección. Historia-Geografía*, 23 (1995), pp. 105-135 (p. 114).

mercado de tránsito bullente en que “los criados se vuelven inestables en las casas, indóciles, aceptan de mala gana los consejos y persiguen sus propios fines”¹⁹. Algo inconcebible para la Condesa, que, en una de sus habituales crónicas de actualidad, lo reprobaba con dureza:

¿Cuántos sirvientes hay que no padezcan de esa enfermedad de la *gírovancia*? Estrenando siempre casas [...] no llega a establecerse nunca [...] ese lazo de cordialidad, esa corriente humanística de confianza y afecto, que tan pronto se establece entre el perro y el amo, sencillamente porque ninguno de los dos está de mala intención²⁰.

Más que atribuir al criado la docilidad y fidelidad propias de un animal doméstico, Pardo Bazán se las exige, para contrarrestar lo que no es sino un signo de la independencia que posee ahora con respecto a la familia a la que sirve, con la que ya no mantiene lazos de servidumbre. Un comportamiento “desleal” que doña Emilia reprende mordazmente en el cuento *El premio gordo* (1883)²¹, ensañándose en unos criados que, sin muestras de consideración alguna, dejan desatendido a su amo tras ser agraciados con el premio de unos décimos que él mismo, en un gesto de benévolo paternalismo, les había regalado. De este modo, entre otras faltas de que adolece este grupo de sirvientes, doña Emilia repara en “la embriaguez, ese vicio infame, en toda profesión odioso, pero en la doméstica tan temible”²², al esbozar un cuadro satírico y burlón en que los criados beben mientras celebran su suerte²³, y con el que se adhiere

19 Perrot, *op. cit.*, p. 191.

20 Emilia Pardo Bazán, *La vida contemporánea (1895-1916)*, ed. Carlos Dorado, Madrid, Hemeroteca Municipal de Madrid, 2005, p. 347.

21 Publicado en *La Ilustración Ibérica*, núm. 11, 1883, y posteriormente recogido en *Cuentos escogidos* (1891).

22 Aquilino Palomino, *Ejemplos morales o las consecuencias de la buena y de la mala educación en los varios destinos de la sociedad*, Madrid, Imprenta de D. Pedro Sanz, 1827, p. 162.

23 El capataz “se empeñaba en que probase un trago, asegurando que el licor era exquisito, cosa que él sabía a ciencia cierta por haber trasegado a su estómago casi toda la sangre de la bota”, y el cochero “¡habló de poner taberna... para beberse el vino sin duda!” (Emilia Pardo Bazán, *El premio gordo*, en *Obras completas. Emilia Pardo Ba-*

manifiestamente a “una publicística antialcohólica encabezada por una élite [...] [que] asoció el consumo de bebidas alcohólicas con las clases populares”, que fue, además, desde mediados del siglo XIX, “directamente vinculado a las transformaciones políticas, económicas y sociales del liberalismo”, porque se consideró “indicador de conductas antisociales como la indisciplina [...], que ponían en entredicho el orden social”²⁴. Por ello no deja de ser revelador que Pardo Bazán, que no deja títere con cabeza, centre precisamente su atención en los modos, comportamientos y aspiraciones de estos afortunados sirvientes, lo cual destapa, al fin y al cabo, la verdadera clave del problema: “la personalización del sirviente, lo que en definitiva trae consigo la muerte de la servidumbre”²⁵.

zán (VII), eds. Darío Villanueva, José Manuel González Herrán, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2003, pp. 211-218 [pp. 215-216]).

- 24 Ricardo Campos Martín, “Entre el vicio y la enfermedad. La construcción medicosocial del alcoholismo como patología en España (siglos XIX y XX)”, *Trastornos adictivos: Órgano Oficial de la Sociedad española de Toxicomanías*, I, 3 (1999), pp. 280-286 (p. 280). Este motivo lo despliega también la Condesa en un pasaje de su novela *Morriña* (1889), donde deja clara su relación con la prensa revolucionaria liberal: “—¡La Correspondencia! ¿Qué profieren tus sacrílegos labios? ¡La Correspondencia! ¡Rabo de Satanás! ¡Una hoja revolucionaria, anárquica y nihilista! Arroja pronto ese veneno, antes de aporopincuarte a la mansión honrada de los pacíficos ciudadanos. ¡Acude, corre, vuela, simón! ¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Anda, burrachu, demagogo!” (Emilia Pardo Bazán, *Morriña*, ed. Ermitas Penas Valera, Madrid, Cátedra, 2007, p. 99). En vista de tales conatos de insubordinación, los señores intentaban ejercer un celoso control frente a la posible independencia ideológica de sus sirvientes, ya que, una vez instalado el sufragio masculino, pretendían contar con sus votos como propios. He ahí uno de los motivos que pueden explicar el elitismo antidemocrático de la gallega, la “influencia vicaria” de los señores en sus criados. Aunque también porque, quizá, destapaba la situación en que quedaba la mujer, por debajo, incluso, de los criados (Carmen Sarasúa, *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Madrid, Siglo XXI, 1994, p. 216).
- 25 Perrot, *op. cit.*, p. 190. No es de extrañar, por ello, que los amos tuvieran por costumbre la sistemática despersonalización de sus sirvientes, por ejemplo mediante el cambio de sus nombres propios, como le sucede a la camarera de Octave Mirbeau, *Diario de una camarera*, ed. María Dolores Fernández Lladó, Madrid, Cátedra, 1993, p. 46: “¿Célestine?... ¡Diablos!... Es un bonito nombre, no digo que no..., pero demasiado largo... La llamaré Marie, si le parece bien... [...] a todas mis camareras las he llamado así. Me sentiría consternado si tuviera que renunciar a esa costumbre. Preferiría renunciar a la persona...”.

Es este marco de relaciones conflictivas en el epicentro del hogar burgués el que, a nuestro entender, hace del sirviente un jugoso personaje para la Condesa. Tampoco conviene olvidar a este respecto el contacto directo y cotidiano que doña Emilia mantenía con este grupo y la importancia, que según revelan ciertos artículos de *La vida contemporánea*, daba a las “cuestiones” del servicio doméstico²⁶. Así pues, a continuación analizaremos en su ficción breve diversos aspectos que atañen al ámbito de la servidumbre y en los que se exhiben posicionamientos clara y mayoritariamente elitistas por parte de la autora gallega.

Como decíamos, los tiempos han cambiado y los criados reniegan de aquella familiaridad en extremo ambigua, en que se hallaban “a la vez [...] integrados en la familia y excluidos de ella, en el corazón de la intimidad del hogar, [...] y obligados a no ver nada y sobre todo a no decir nada”. La conciencia de sí mismos aflora y los lleva a perseguir sus propios intereses y a demostrar, sin reservas, el rencor que sienten hacia sus amos. En consecuencia, una nueva sensibilidad nace también en sus señores²⁷, conscientes de que “honra, hacienda y vida se encuentran á su disposición, como lo estaría una fortaleza á la del enemigo que secretamente en ella se colase”²⁸. Es por ello por lo que, si “el paternalismo [...], en el mejor de los casos, caracterizaba la relación [...] en el Antiguo Régimen, [...] en la segunda mitad del siglo XIX esta ficción no se mantiene ya y los sirvientes son observados por sus señores con una profunda desconfianza”²⁹. En este sentido, la práctica del “espionaje doméstico”, habitual en los sirvientes, presentaba una gran amenaza para el mante-

26 Así lo deja ver Javier López Quintáns, por medio del análisis de diversos textos, entre los que sobresalen una serie de números de la sección de actualidad *La vida contemporánea*, publicados en la revista *La Ilustración Artística*: nº 1285 (13 de agosto de 1906), nº 1341 (9 de septiembre, 1907), nº 1725 (18 de enero, 1915) y nº 1501 (3 de octubre, 1910), en los que la autora exhibe su opinión acerca de las carencias de las que este gremio adolecía en su época (“Como está o servicio!: maiordomos, axudas de cámara, cociñeiros, institutrices. O servicio doméstico na obra de Emilia Pardo Bazán”, en *Cahiers Galiciens. Homenaxe a Emilia Pardo Bazán*, ed. Dolores Thion Soriano-Mollá, Rennes, Centre d’études galiciennes, 2005, pp. 137-162).

27 Perrot, *op. cit.*, pp. 186 y 188.

28 Pardo Bazán, *La vida contemporánea*, p. 347. Cito según los originales, sin moderar puntuación ni ortografía.

29 Sarasúa, *op. cit.*, pp. 215-216.

nimiento de la consideración social de sus amos³⁰, como muestra Pardo Bazán en *Madre* (1893)³¹, donde relata la historia de una madre y una hija distanciadas por la increíble belleza de la primera, y cuyas “interioridades se supieron, según costumbre, por los criados, que las cazaron al vuelo entre cortinas y puertas”. Y ellos, “los enemigos domésticos, fueron también los que divulgaron”³² el entramado íntimo entre madre, hija y yerno que habría provocado el accidente en que la madre quedó desfigurada y que puso fin a la envidia de su hija³³. Ese modo de actuar de los sirvientes, de “cazar al vuelo” lo que ocurre en el interior del hogar, es prueba inequívoca de un tratamiento literario condicionado por la “mala intención”³⁴ que la gallega intuye y sugiere en ellos, convertidos en criaturas hostiles y

30 Perrot, *op. cit.*, p. 188. Este tipo de traiciones ancilarias son bien tratadas en la novela de adulterio, en que criadas movidas por el odio hacia sus señores espían a sus amas para descubrir sus relaciones adúlteras y luego chantajearlas. Es el caso de Petra en *La Regenta*, Juliana en *El Primo Basilio* o, en la propia obra novelística de Emilia Pardo Bazán —aunque no se trata de una novela de adulterio—, y la Diabla en *Insolación* (Elena Losada Soler, “La adúltera y su criada en la novela realista. Complicidades y rivalidades”, en *La literatura española del siglo XIX y las literaturas europeas*, eds. Enrique Rubio Cremades, Marisa Sotelo Vázquez, Virginia Trueba Mira y Blanca Ripoll Sintés, Barcelona, PPU, 2011, pp. 311-320).

31 Publicado en *Nuevo Teatro Crítico*, núm. 30, 1893, y recogido en *Cuentos nuevos* (1894).

32 Emilia Pardo Bazán, *Madre*, en *Obras completas. Emilia Pardo Bazán (VIII)*, eds. Darío Villanueva, José Manuel González Herrán, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2004, pp. 159-165 (p. 165).

33 Inevitable recordar a Blancanieves y su madrastra —*Blancanieves*, Hermanos Grimm, 1812—, reflejo de “nuestra división cultural de la feminidad en dos componentes” (Sandra Gilbert y Susan Gubar, *La loca del desván: la escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*, en María Tatar, *Los cuentos de hadas clásicos anotados*, Barcelona, Crítica, 2012, p. 82). La Condesa subvierte el modelo recibido al intercambiar las posiciones de madre —que posee, aquí, la belleza— e hija —consumida por la envidia—, aunque el resultado sigue siendo, como afirma Tatar a propósito del relato original, “una trama edípica, en la que madre e hija se transforman en rivales sexuales que buscan la aprobación del padre (encarnado en la voz del espejo)” (*Ibidem*, p. 82). Recuérdese, a este respecto, que en el relato popular en que se inspiraron lo Hermanos Grimm la madrastra era, en realidad, madre biológica de Blancanieves, y que ellos lo cambiaron “en un intento por preservar la santidad de la maternidad” (*Ibidem*, p. 82).

34 Pardo Bazán, *La vida contemporánea*, p. 347.

pérfidas, agazapadas, al acecho, listas para atacar a sus amos, o también, por qué no, sus propiedades.

Propiedades que, efectivamente y según el pensamiento de las élites, desatan la codicia de los sirvientes³⁵. Se instaura, así, en el seno del hogar una atmósfera de recelo y hostilidad, que es recreada magistralmente por doña Emilia en *El gemelo* (1903)³⁶. En este relato se evidencian las sospechas y desconfianza de una señora hacia su criada, a quien acusa de la desaparición de sus joyas, y a quien considera en sus elucubraciones “alguien que entra aquí con libertad [...]; que aprovecha un descuido mío para apoderarse de mis llaves; que puede pasarse aquí un rato probándolas... Alguien que sabe como yo misma el sitio en que guardo mis joyas, [...] mi costumbre de no usarlas”³⁷. No basta, pues, con que esta criada haya demostrado durante años su fidelidad a la familia. La supervisión por parte de los amos ha de ser constante, porque

cabe ser muy leal, muy dócil, hasta desinteresado... y ceder un día a la tentación de la codicia [...]. Por algo hay en el mundo llaves, cerrojos, cofres recios; por algo se vigila siempre al pobre, cuando la casualidad o las circunstancias le ponen en contacto con los tesoros del rico...³⁸

De “la criatura buena, sencilla, llena de abnegación” a la “mujer artera, astuta, codiciosa, que aguardaba [...] el momento de extender sus largas uñas y arramblar con cuanto existía en el guardajoyas de su ama...”³⁹ solo media, pues, una simple sospecha de la señora. Y para pasar de un conflicto en el interior del hogar a todo un problema entre clases sociales, bastan, como vemos, un par de líneas, con las que la autora gallega, en lugar de limitarse a la relación criado-señor, eleva el problema y lo generaliza en la oposición pobre-rico, constatando con ello que la decadencia de esta vetusta relación representa la simultánea descomposición de ese

35 José Ferrer y González, “Importancia de nuestro pensamiento”, *El Hogar*, 1 (1866).

36 Publicado en *El Imparcial*, 20 julio, 1903.

37 Emilia Pardo Bazán, *El gemelo*, en *Obras completas. Emilia Pardo Bazán (x)*, eds. Darío Villanueva y José Manuel González Herrán, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2005, pp. 145-148 (p. 146).

38 *Ibidem*, p. 147.

39 *Ibidem*, p. 147.

orden social que desde las élites económicas y culturales se defiende. No obstante, si tenemos en cuenta el desenlace del cuento —es el propio hijo de la señora quien ha robado las joyas—, observamos que, mostrando una postura ambivalente, Pardo Bazán sitúa a la criada en un espacio ambiguo entre la probidad y la sombra de la sospecha, pues de la misma manera se podría interpretar que doña Emilia lo que pretende es dar a conocer la situación de vulnerabilidad a la que están sometidos los criados, de los cuales se presuponen toda clase de maldades y están, por lo tanto, expuestos frecuentemente a la denuncia a las autoridades, lo que significaría su despido y su vuelta a las agencias de colocación.

Claro que, en otros casos, más que una sospecha propia de amos recelosos, la autoría del robo es una certeza total, como ocurre con la “sangría suelta”⁴⁰ que para los señores conlleva la sisa, mala praxis común en la época, muy duramente criticada por la coruñesa tanto en *La vida contemporánea* como en el relato *Los huevos pasados* (1895)⁴¹, donde el desayuno habitual del señor Donato López se ve turbado por el despido de la cocinera: “por no sé qué sisas extraordinarias, y los huevos pasados comenzaron a venir ya sólidos, ya mocosos, jamás como le gustaban al señor de López”⁴². Y es que si Pardo Bazán reserva un lugar digno a los cocineros⁴³, no lo hace así con las cocineras, de las cuales afirma que

40 Pardo Bazán, *La vida contemporánea*, p. 396.

41 Publicado en *Arco Iris* (1895).

42 Emilia Pardo Bazán, *Los huevos pasados*, en *Obras completas. Emilia Pardo Bazán (VIII)*, eds. Darío Villanueva y José Manuel González Herrán, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2004, pp. 303-306 (p. 305).

43 Quienes muestran incluso “afán por lucirse ante os amos”, como es el caso del cocinero protagonista del relato *El honor* (1914), en *Obras completas. Emilia Pardo Bazán (XII)*, eds. Darío Villanueva y José Manuel González Herrán, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2011, pp. 203-207, cuyo sentido del deber respecto a su amo llega hasta tal punto “que descoida o aviso de que o seu fillo xace moribundo na cama; cando finalmente acode, o pequeno está nos derradeiros estertores” (López Quintáns, “¡Como está o servicio!...”, p. 147). Con lo cual deja entrever, de alguna manera, “la precisión con la que el criado debe estar a la voluntad de su amo, aun cuando se atravesase la propia”, en un modelo arcaico de servidumbre en que “quien sirve no es libre” (José María Sbarbi, *El libro de los refranes: colección alfabética de refranes castellanos, explicados con la mayor concisión y claridad*, Madrid, Librería de D. León Pablo Villaverde, 1872, p. 155).

constituyen un serio problema social, familiar, hasta higiénico. En Madrid las cocineras sisan formidablemente, es cosa descontada; [...] pero ó mucho me equivoco, ó hace unos veinte años, con tener estos vicios, al menos guisaban. [...] Han suprimido, por artículo de lujo, su oficio, ó mejor dicho, han conservado de él, solamente, el “ir á la compra”. Lo demás... es lo de menos⁴⁴.

Una excepción a este tratamiento cáustico y acerado parecería ser la cocinera de *El premio gordo*, quien solo recibe halagos por su trabajo —“una cocinera limpia como el oro, con primorosas manos para todos los guisos de aquella antigua cocina nacional, que satisfacía el estómago sin irritarlo y lisonjeaba el paladar sin pervertirlo”⁴⁵—, antes, claro está, de que se la critique por el plantón a su amo; quizá porque su función en el relato pudiera ser la de introducir el tema de la higiene en la alimentación, que, según López Quintáns, “adquiere en la pluma pardobazániana una dimensión social y cultural”⁴⁶, ya que, “como puede comprobarse en los textos de los higienistas españoles de esta época, el objetivo de esta medicina de carácter social debía ser precisamente conseguir un perfecto equilibrio entre salud, orden, riqueza y moral”⁴⁷.

44 Pardo Bazán, *La vida contemporánea*, p. 320.

45 Pardo Bazán, *El premio gordo*, p. 213.

46 Javier López Quintáns, “Emilia Pardo Bazán y las doctrinas higienistas”, en *X Congreso virtual sobre Historia de las Mujeres*, eds. Manuel Cabrera Espinosa y Juan Antonio López Cordero, Jaén, Archivo Histórico Diocesano de Jaén, 2018, pp. 509-517, (p. 511).

47 Anna Quintanas, “Higienismo y medicina social: poderes de normalización y formas de sujeción de las clases populares”, *Isegoría*, 44 (2011), pp. 273-284, (p. 276). Pardo Bazán, como ha demostrado Javier López Quintáns, “La difusión de los postulados higienistas en la obra periodística de Emilia Pardo Bazán”, *Lectura y signo*, 13 (2018), pp. 153-181, será una gran difusora de los postulados higienistas en su obra periodística, donde, además de la alimentación, que, como podemos comprobar, no solo atañe a las clases populares, tratará diversos temas en relación con la higiene física y moral (pp. 153-154). Y es que, como apuntaba Ricardo Campos Marín, “La sociedad enferma: higiene y moral en España en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX”, *Hispania: Revista española de historia*, LV, 191 (1995), pp. 1093-1112, las propuestas de los higienistas, “fundamentadas en un concepto en apariencia neutral y científico como el de salud, fueron bien acogidas por la burguesía empeñada en la construcción del orden liberal y en apaciguar el enfrentamiento social”, derivado de “los efectos negativos de la industrialización sobre la salud y las condiciones de vida de los trabajadores” (p. 1093).

Pero tan desvirtuada quedaba ya la servidumbre doméstica que incluso llegaban a producirse situaciones bien paradójicas, que alteraban por completo la naturaleza jerárquica y la distinción de clases que la instituían. Ponemos por caso las protagonizadas por el ama de llaves de *El señor Doctoral* (1891)⁴⁸, quien, entre otros muchos descuidos, “tampoco arrimaba al fuego la olla, y algún día el canónigo, con sus manos que consagraban la Hostia sacrosanta, se dedicó a la humillante operación de mondar patatas o picar las berzas para el caldo”⁴⁹. No obstante, entre todas estas muestras de desorden social y deterioro de la relación doméstica, existe aún para la pluma pardobaziana un resquicio donde evocar la antigua servidumbre, el que proporciona el viejo mayordomo del relato *Inútil* (1906)⁵⁰, que, a pesar de dar constantes muestras de una infinita fidelidad y abnegación, es continuamente desdeñado y tenido en menos por sus amos, para quienes no es más que “un criado bueno, fiel, pero inútil para el servicio”⁵¹. Por eso, cuando encuentran su cuerpo en la hoguera, pien-

48 Publicado en *La Época*, 26 de febrero, 1891, y recogido en *Cuentos de Marineda* (1892).

49 Emilia Pardo Bazán, *El señor Doctoral*, en *Obras completas. Emilia Pardo Bazán* (VII), eds. Darío Villanueva, José Manuel González Herrán, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2003, pp. 371-381 (pp. 374-375). Todo se explica porque el ama “había sido *in illo tempore* toda una señora, [...] en memoria de lo cual [...] se guillaba enteramente, [...] olvidando que existen en el mundo escobas y pucheros”. *Ibidem*, p. 373. Las mujeres abandonadas o de familias “venidas a menos” tenían pocas oportunidades para salir adelante. Era común, como apunta López Quintáns, que “señoritas de familias empobrecidas que se aferran desesperadamente a un estatus xa perdido de xeito irreparable” demandaran este tipo de puestos de trabajo del servicio doméstico, que se correspondían con unas ocupaciones más decorosas en la jerarquía de los criados. Así lo deja ver la Condesa: “Muchas solicitantes reclaman que las recomendéis para ‘señoritas’ o ‘señoras’ de compañía, o para ‘amas de gobierno’. Servir sin más requilorios, pocas quieren; porque servir, sería trabajar”, “¡Como está o servicio!...”, p. 142. De hecho, según Sarasúa, *op. cit.*, p. 252, “el servicio doméstico y la prostitución son las dos únicas salidas que tiene la mujer abandonada”. Un ejemplo de ello lo encontramos en la novela galdosiana *Tormento*, donde dos hermanas, Amparo y Refugio, huérfanas, encuentran como única salida el servicio doméstico en casa de unos familiares (Amparo) y el trabajo de modelo (Refugio), en la época muy vinculado con la prostitución.

50 Publicado en *El Imparcial*, 30 julio, 1906, y recogido en *Cuentos del Terruño* (1907).

51 Emilia Pardo Bazán, *Inútil*, en *Obras completas. Emilia Pardo Bazán* (X), eds. Darío Villanueva, José Manuel González Herrán, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2005, pp. 43-47 (p. 47).

san que su muerte ha sido fruto de un accidente y no, como de hecho ha ocurrido, de una defensa heroica del patrimonio familiar que ellos mismos habían descuidado. Deplorable suceso que hace a doña Emilia abandonar su discurso contra los sirvientes y denunciar, en su lugar, “la actitud indiferente, casi de mofa, con que la familia trata la muerte del criado”⁵². Caso, en principio, singular en la narrativa breve pardobaziana porque la Condesa rompe de forma explícita una lanza a favor del buen criado, que sufre la desconsideración de unos amos que no actúan ya con el paternalismo propio del modelo de servidumbre arcaico.

Pero no será la única vez que doña Emilia muestre en sus cuentos la actitud impertinente de personajes de las clases altas, así como la impunidad de algunos de sus actos y comportamientos. Lo hará, eso sí, de forma tácita, escamoteada por la respuesta desproporcionada y resentida de las clases populares. Así, por ejemplo, el relato *El alambre* (1903)⁵³, donde un padre venga la muerte de su hijo, atropellado por un señorito que sigue indiferente su camino, cuenta, según Noya Taboada, “con un gran componente de denuncia social, pues en él se ve claramente la posición de poder, e incluso de abuso, que tienen los nobles con respecto al resto de habitantes”⁵⁴. Sin embargo, este abuso queda encubierto por la acción principal, la respuesta violenta y brutal del padre de la criatura, cazador furtivo y verdadero foco de atención de la Condesa, quien desde el inicio del relato le atribuye un instinto salvaje y primitivo y lo señala con un profundo resentimiento, por la calculada malicia con que planea su venganza contra el señorito —esperando su vuelta por el mismo camino, ata un alambre a ambos lados del sendero y le rebana el cuello—. Idéntica caracterización se observa en *El trueque* (1897)⁵⁵, donde un tejero que suplica ayuda para su hija y su nieto recién nacido es desatendido por el señor con zafiedad y descaro⁵⁶. Razón por la cual, al ver por casualidad a

52 Ruth Noya Taboada, *La violencia en los cuentos de Emilia Pardo Bazán*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2016 [tesis doctoral], p. 175.

53 Publicado en *Blanco y Negro*, núm. 693, 1903, y recogido en *Lecciones de literatura* (1906). Emilia Pardo Bazán, *El alambre*, en *Obras completas. Emilia Pardo Bazán (IX)*, eds. Darío Villanueva y José Manuel González Herrán, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2005, pp. 745-751.

54 Noya Taboada, *op. cit.*, p. 164.

55 Publicado en *Blanco y Negro*, núm. 331, 1897.

56 “Raimundo se encogió de hombros, ¿Qué tenía que ver él con esas menudencias

la nodriza dar de mamar al hijo del señor mientras mantiene a escondidas una conversación con su marido, y percatarse de que su nieto y aquel son como dos gotas de agua, no duda, con el pretexto de librar por unos momentos a la pareja del incordio del niño, en trocarlo por su nieto y brindarle así una oportunidad de sobrevivir. Es más, después de efectuado el cambio, y con la misma malicia que el protagonista de *El alambre*, rumia su venganza,

Juan el tejero, sonreía con su desdentada boca, y se restregaba las secas manos, pensando en su interior: —A nosotros nos echarán y nos iremos por el mundo pidiendo una limosnita... Pero lo que es el nieto mío, pasar no ha de pasar necesidad; y el hijo de los amos... ese, que aprenda a cocer teja cuando tenga la edad... si llega a tenerla, que ¡sábelo Dios! En casa del pobre muérense los chiquillos como moscas...⁵⁷

Como se puede observar, Pardo Bazán no se muestra tan comprensiva con la situación lamentable que experimentan el tejero y el cazador furtivo, más bien, los señala negativamente, mostrando en ellos un claro resentimiento de clase, de rencor hacia la clase dominante a la que dañifican, no solo para procurar la supervivencia de un nieto o para vengar el homicidio de un hijo, sino también en desquite por su situación dependiente. Tampoco podemos dejar pasar la fugaz crítica de doña Emilia hacia la nodriza de *El trueque*, quien descuida sus obligaciones por estar con su marido, seguramente, desobedeciendo las instrucciones de su ama; al fin y al cabo, es la causa que propicia el trueque. Otra nodriza se ve envuelta en un episodio similar en el relato *Durante el entreacto* (1911)⁵⁸, donde una pareja de sirvientes aprovecha que el señor y su esposa están en

de pagos y de apremios? Cosas del mayordomo. ¡Que le dejasen en paz cazar y divertirse!... Lo único que se le ocurrió contestar al pobre diablo fue una objeción: —Pero ¡si al fin no puedes trabajar! ¿De qué te sirve la tejera?” (Emilia Pardo Bazán, *El trueque*, en *Obras completas. Emilia Pardo Bazán (IX)*, eds. Darío Villanueva, José Manuel González Herrán, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2005, pp. 77-82 [pp. 79-80]).

57 Pardo Bazán, *El trueque*, p. 82.

58 Publicado en *La Ilustración Española y Americana*, núm. 26, 1911, y recogido en *Cuentos Trágicos* (1912).

el teatro para cambiar a su hijo por el de ellos con el propósito de que sea criado con la leche de su madre, nodriza de los señores. Pero, a diferencia del relato anterior, la coruñesa muestra ahora cierta actitud indulgente con respecto al ama, a quien incluso califica de fiel y de nunca pretender hacer daño o perjudicar a sus señores. En ella es “el instinto más ciego y enérgico en la mujer, el amor maternal” lo que la empuja al trueque⁵⁹. No obstante, la carga negativa es necesaria en los criados, y va a parar a su marido, a quien sí se le pasa por la cabeza aprovechar la ocasión y expoliar las joyas de los señores⁶⁰.

A mitad del siglo XIX, en fin, la coyuntura entre criados y señores llegó a provocar conflictos de tal magnitud que terminaron en numerosas ocasiones en crímenes cuyas víctimas fueron los amos. Un recorte de prensa de mediados del XIX recogido por Sarasúa da cuenta de ello:

cada día denuncia la prensa nuevos delitos de infidelidad y de abusos domésticos; apenas se ocupan de otra cosa los tribunales de justicia; casi no se ve delito, ni público ni privado, en que no aparezca un sirviente; ya como autor, ya como encubridor o cómplice; nadie puede decir que está seguro de no ser infamado, robado, asesinado en un momento funesto⁶¹.

Todas estas actitudes anómalas y estas alteraciones del orden social que tienen lugar en la intimidad doméstica y que pervierten y desvirtúan las relaciones entre amos y sirvientes representan, para la Condesa, los síntomas de ese “germen morboso” de insubordinación e independencia que los nuevos aires de libertad e igualdad propician, y que desvelan, desde la óptica de su posicionamiento elitista, el “estado de corrupción profunda

59 Emilia Pardo Bazán, *San Francisco de Asís. Tomo II*, París, Casa Editorial Garnier Hermanos, 1885, p. 34.

60 “La ocasión es que ni encargá. Solos estamos, y ahí guardan los amos sus alhajas y de fiyo que monises... ¡Calla! ¡La órdiga! ¡Abierto se lo han dejao, y colgás las yaves! Un movimiento de feroz codicia impulsaba ya a Miguel hacia el mueblecito de boule moderno, [...] ya hacía descender la tapa [...] cuando la mujer le paró la acción” (Emilia Pardo Bazán, *Durante el entreacto*, en *Obras completas. Emilia Pardo Bazán* (x), eds. Darío Villanueva, José Manuel González Herrán, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2005, pp. 439-443 [p. 440]).

61 Sarasúa, *op. cit.*, pp. 230.

en lo que es moda conceptuar muy sano y poner en contraste con las clases elevadas: el pueblo”⁶². De ahí que Emilia Pardo Bazán, que escribía con cierta frecuencia acerca de estos crímenes, ya que le brindaban, como ella misma reconocía, un “asunto de crónica caído del cielo”, afirmase al hilo del “nuevo crimen de la calle de Fuencarral”⁶³ que

62 Pardo Bazán, *La vida contemporánea*, p. 215.

63 *Ibidem*, p. 215. El famoso “crimen de la calle Fuencarral” tuvo lugar el 2 de julio de 1888 en la capital madrileña: una criada, Higinia Balaguer, fue acusada de asesinar a su ama, Luciana Borcino, tras hallarse el cuerpo de esta apuñalado y medio quemado en su habitación y a la criada, en la cocina, inconsciente y con un perro narcotizado a su lado. Tal fue el revuelo que despertó el crimen por sus extrañas circunstancias, que un consagrado novelista como Benito Pérez Galdós se interesó por él, y llegó incluso a ocupar “las portadas de los principales periódicos del momento. *El País, La Iberia, El Resumen, El Liberal, El Imparcial, El Correo, El Noticiero Universal, La Opinión, La Vanguardia, La Época, El Socialista, La Correspondencia de España, La República, La Ilustración Ibérica*” (María de los Ángeles Ayala, “*El crimen de la calle Fuencarral*, de Benito Pérez Galdós”, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2020). Pero el de Higinia Balaguer no fue un caso aislado, según apunta Marisol Donís, *Sirvientas asesinas*, Madrid, Nowtilus, 2011, p. 25, “en Madrid, a mediados del siglo XIX, los delitos cometidos por sirvientas adquirieron un auge extraordinario”. Se ponen como ejemplo otros casos como el de Cecilia Aznar, del que habla doña Emilia, y que mató a su amo propinándole un duro golpe con la plancha mientras dormía; el de Manuela, *la Bernaola*, o el de Pilar Prades (*Ibidem*, pp. 12-13). No es casualidad que estos crímenes fuesen perpetrados mayoritariamente por criadas; esta particularidad se debe, en buena medida, a la feminización que la profesión sufrió durante la segunda mitad del XIX (Sarasúa, *op. cit.*, p. 41). La literatura, en mimesis con la realidad, también se ocuparía de establecer un sesgo de género, más concretamente en las actitudes de los sirvientes hacia a sus amos. Y si las criadas, rencorosas y, en muchas ocasiones, envidiosas de sus amas, acabarían por cometer tales atrocidades contra sus señores, pero también contra sí mismas, a los criados, que “alientan el mismo odio por sus amos, [...] no se les va la fuerza por la boca. Concentran sus esfuerzos en aprovecharse a más y mejor de los defectos de sus señores y, cínicamente, sacan el mayor partido posible de su situación” (María Dolores Fernández Lladó, “Introducción”, en *Diario de una camarera*, Octave Mirbeau, ed, María Dolores Fernández Lladó, Madrid, Cátedra, 1993, pp. 1-35 [p. 22]). Ya en el siglo XX, Mirbeau lo ilustra bien en su novela, estableciendo una nítida y reveladora contraposición entre Célestine, que en alguna ocasión manifiesta deseos de asesinar a sus amos y se enfrenta directamente a algunos de ellos a sabiendas de que perderá la colocación, y Joseph, que muestra una postura quizá más inteligente: “cuando pienso que hay algunos que hasta querrían asesinar

estos crímenes *ancillarios*, cometidos por la servidumbre, delatan cuáles son, con bastante frecuencia, las relaciones de amos y criados, cuál el criterio moral que á semejantes relaciones preside, y cuáles las costumbres de gentes que figuran en las filas de esa clase media y de esas clases inferiores donde se desenvuelve la vida normal de una nación⁶⁴.

Además, doña Emilia parece cuestionar aquí el derecho de la nueva clase media a disfrutar del servicio doméstico, por cuanto no les pertenece por su posición social. Quizás no veía con buenos ojos que todo un signo de distinción característico de la clase aristocrática se convirtiese ahora en accesible para la clase media, a la cual considera parte de “el pueblo”; o quizá también porque en su moral y costumbres se cifra el elemento de choque en colisión traumática con la toma de conciencia y personificación del criado, lo cual terminaría por descomponer la relación tradicional de servidumbre.

La nobleza parece ser, para la Condesa, un requisito indispensable para ser servido, pero esa condición no garantiza en estos tiempos revolucionarios encontrar un buen servicio. A mediados de siglo era tónica habitual que los señores se quejasen de no hallarse bien atendidos por los criados que encontraban en las agencias de colocación, razón por la cual, “las paletas o [...] las ‘recién llegadas a la Corte’ se prefieren a las madrileñas”⁶⁵. Un ejemplo claro de ello, esta vez en la obra novelística pardobaziana, lo hallamos

a sus amos, ¡asesinarlos! ¿Y luego, qué? ¿Matamos a la vaca que nos da la leche, a la oveja que nos da la lana?, no, lo que hacemos es ordeñar a la vaca, esquilan a la oveja, hábilmente, con cuidadito” (Mirbeau, *op. cit.*, p. 363). La postura del jardinero de Mirbeau es también manifestada por dos personajes pardobazianos: el primero, Primitivo, el mayordomo de los *Pazos*; y, el segundo, el Mochuelo —*Antiguamente* (1913), en *Obras completas. Emilia Pardo Bazán (x)*, eds. Darío Villanueva y José Manuel González Herrán, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2005, pp. 621-625—, fidelísimo sirviente a quien su amo confía la búsqueda de un antiguo tesoro escondido en su casa y que, tras encontrarlo, huye provocando además la muerte de su amo a causa del disgusto y la traición. En ambos casos se repite el paradigma del sirviente imprescindible para la familia y mano derecha del amo, que muestra una actitud servil pero que, al mismo tiempo, se aprovecha de su ineptitud o espera pacientemente el momento oportuno para traicionar su ciega confianza.

64 Pardo Bazán, *La vida contemporánea*, p. 215.

65 Sarasúa, *op. cit.*, p. 229.

en Esclavitud Lamas (*Morriña*), a quien su señora contrata sin dudarle un instante porque “en este Madrid y en el servicio que ofrece, coger una chica virtuosa y de tan buen avío, créeme que es una ganga [...]. La verdad: estoy harta de estas criadas de Madrid tan remontadas y tan insufribles [...]. Prefiero una chica humilde, bien mandadita”⁶⁶. Con todo, la experiencia de Esclavitud en la capital no será idílica, pues, seducida por el señorito de la casa, se suicidará, finalmente, tras ser apartada de este y abandonada por la familia en la que sirve. Trágica situación que doña Emilia pone al descubierto con su novela para denunciar “la utilización sexual de las sirvientas que hacían los hombres de la casa, el marido y, de forma tradicional, los hijos de la familia”⁶⁷. Similar, y seguimos en la novelística pardobaziana, es la relación entre el marqués de Ulloa y Sabel; ambos componen “un tipo de relación fuertemente marcada por la diferencia de clase social” en la que el marqués “actúa como el amo que puede disponer a su antojo y sin rendir cuentas del esclavo”⁶⁸. Análogamente, como señala Marina Mayoral, a pesar de la antipatía de la Condesa hacia la cocinera de los *Pazos*, doña Emilia revela “el problema social que subyace a la relación erótica. Sabel es víctima a la vez del padre, que la obliga a permanecer en los Pazos, y de don Pedro, que la utiliza como amante y criada”⁶⁹. Todo lo cual deja ver una actitud ambivalente en la autora gallega en relación con las criadas, unas veces fatal objeto de deseo para sus amos⁷⁰, otras, muchachas desamparadas que “emigraban para cambiar su suerte y no hallaban sino penalidades que concluían por frustrar sus sueños y sus vidas”⁷¹.

66 Pardo Bazán, *Morriña*, pp. 130-131.

67 Sarasúa, *op. cit.*, pp. 251-252. Otras muchas, seducidas como Esclavitud por los señoritos de la casa, acaban en la prostitución. Según explica Sarasúa, *Ibidem*, pp. 252-253, “el riesgo de acabar en la prostitución aparece en todos los textos sobre sirvientas. [...] Las que quedaban embarazadas eran despedidas [...] o, en el mejor de sus casos enviadas a sus pueblos”.

68 Marina Mayoral, “El tema del amor en las novelas de los Pazos”, en *Estudios sobre “Los Pazos de Ulloa”*, ed. Marina Mayoral, Madrid, Cátedra, 1989, pp. 37-50 (pp. 38-39).

69 *Ibidem*, p. 38.

70 Obsérvese, asimismo, el inciso que la voz narrativa hace al hilo del aspecto físico del ama de llaves de *El premio gordo*: “no tan moza que tentase ni tan vieja que diese asco” (Pardo Bazán, p. 213); ideal para no hacer caer en la tentación a su señor.

71 Eva María Flores Ruiz, “Criadas en la novela realista canónica, entre el desamparo y la astucia”, *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 20 (2014), pp. 111-126 (p. 122).

Más experimental parece la solución que plantean llevar a cabo los señores que la escritora gallega presenta en el relato *Planta montés* (1890)⁷² para dar arreglo al desguisado de la contratación de sirvientes:

tan ahítos estábamos del servicio reclutado en Marineda, [...] picardeado y no instruido por el roce, ducho en hurtar el vino y en saquear la casa para obsequiar a sus coimas, que optamos por el *ensayo de aclimatación*. En el fondo de nuestro espíritu aleteaba la esperanza dulce de que al buscar en el seno de la montaña un muchacho inocente y medio salvaje, hijo y nieto de gentes que desde tiempo inmemorial labran nuestras tierras, ejerceríamos sobre el servidor una especie de dominio señorial, reanudando la perdida tradición del servicio antiguo, cariñoso, patriarcal en suma. ¡Tiempos aquellos en que los criados morían de vejez en las casas!...⁷³

Como vemos, en su ficción breve doña Emilia intentará solucionar el problema acudiendo a las teorías darwinistas, que al igual que las nuevas teorías sobre la organización social, postuladas en las sociologías positivistas de August Comte y Herbert Spencer, adquirirán un papel esencial en algunos de sus relatos. Precisamente es en cuentos como *Planta montés* donde mejor se advierte la influencia de este tipo de planteamientos: al igual que se sugiere que los sirvientes han sido corrompidos por el ambiente marinedino, los amos, investidos de una superioridad y autoridad “señorial”, piensan que al hacerse con un individuo “puro”, pero que lleva en su sangre el carácter hereditario de la servidumbre, y ejercer sobre él una suerte de “puericultura”, conseguirán convertirlo en un “criado de los de antes”. Esto lo juzgan posible y hasta lógico dado que consideran que los integrantes de las clases bajas se encuentran en un permanente estado de “niñez”. En este sentido, la sociología comtiana parece empleada oportunamente por doña Emilia, que hace uso de la ley de los tres estados⁷⁴ para situar a los criados en el inferior. Mayor hincapié se hace en la

72 Publicado en *La España Moderna*, diciembre, 1890, y recogido en *Cuentos escogidos* (1891), y posteriormente en *Historias y Cuentos de Galicia* (1900).

73 La cursiva es nuestra. Emilia Pardo Bazán, *Planta montés*, en *Obras completas. Emilia Pardo Bazán (VII)*, eds. Darío Villanueva y José Manuel González Herrán, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2003, pp. 273-280 (p. 275).

74 August Comte consideraba la sociedad un organismo cuyo desarrollo consistía en

infantilidad de los criados en el cuento *La paloma azul* (1902)⁷⁵, donde un grupo de niños al ver una paloma azul se dejan llevar por la fantasía creyendo presenciar un prodigio, hasta que los adultos desmienten el arcano. Sin embargo, no todos los adultos coinciden en esta explicación:

“Está teñida”, decían los más; pero entre los criados, espíritus sencillos, hubo alguno que hasta afirmó haber visto palomas así, aunque muy raras, y siempre proféticas, anunciadoras de grandes acontecimientos. Mis simpatías estaban absolutamente con los criados (caso muy frecuente en la niñez)⁷⁶.

Los criados son presentados aquí, como señalábamos, en vinculación directa con la edad infantil; la propia narradora da cuenta de la proximidad entre los pareceres de los niños y los criados con respecto al misterioso fenómeno. Episodios como estos sirven a la autora gallega para dar cuenta de la facilidad con que los “espíritus sencillos” de los sirvientes, no pudiendo encontrar explicaciones racionales a los sucesos que ocurren ante ellos, se dejan atrapar por la fantasía y lo prodigioso y terminan por ser presa de la superstición; porque “¿cómo queréis que un pueblo infantil no pague tributo á la superstición? Es la esencia misma de su ser íntimo”⁷⁷. Algo que se aprecia bien, de nuevo, en *Planta montés*, donde se “refiere el dolor biológico, animal, de un mozo gallego, al ser arrancado de su tierra para servir como criado”⁷⁸, aquel “muchacho inocente y medio salvaje” que los señores pretendían domesticar, y que, en consecuencia, sugestionado por la superstición, atribuye

una evolución progresiva a través de tres etapas que son análogas a las edades del hombre: etapa teológica o ficticia, etapa metafísica o abstracta, y etapa científica o positiva, las cuales se corresponden, respectivamente, con la niñez, juventud y madurez del hombre (Nélida López De Ferrari, “Positivismo e Historia”, *CUYO*, ix, (1973), pp. 79-114 [p. 89]).

75 Publicado en *Blanco y Negro*, núm. 570, 1902, y recogido en *Lecciones de literatura* (1906).

76 Emilia Pardo Bazán, *La paloma azul*, en *Obras completas. Emilia Pardo Bazán (IX)*, eds. Darío Villanueva y José Manuel González Herrán, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2005, pp. 719-724 (p. 724).

77 Pardo Bazán, *La vida contemporánea*, p. 168.

78 Baquero Goyanes, *op. cit.*, p. 376.

al aullido de un perro el presagio de su muerte y a la mañana siguiente aparece muerto en su cama. Pardo Bazán ridiculiza las creencias del mozo gallego aprovechando el diagnóstico del médico, que ante los primeros síntomas que manifiesta el rapaz responde a los señores de forma sarcástica, prescribiendo un remedio absurdo para lo que él considera un mal causado por la irracionalidad: “no veo medicamento, porque no veo enfermedad. Si la hay es en la sustancia gris, y yo allí no sé cómo se ponen las sanguijuelas ni cómo se aplican los revulsivos. A mal de superstición, remedio de ensalmos”⁷⁹. No obstante, la muerte del joven deja entrever cierta ambigüedad en cuanto a la opinión de Pardo Bazán acerca de la superstición, pues, aunque la ridiculiza también deja que se cumpla, no quedando claro, a fin de cuentas, si se trata de patrañas y consejas o de algo más inquietante⁸⁰.

Con todo, para doña Emilia, “la única manera de desterrar las supersticiosas prácticas sería la instrucción. Con lo cual queda dicho que en España tienen asegurada larga vida”⁸¹, puesto que, según uno de los personajes del relato *Un destripador de antaño* (1890)⁸²:

al pueblo no puede ilustrársele: es y será eternamente un hatajo de babiecas, una recua de jumentos. Si le presenta usted las cosas naturales y racionales, no las cree. Se pirra por lo raro, estrambótico,

79 Pardo Bazán, *Planta montés*, pp. 279-280.

80 Lo cierto es que, en ocasiones, la superstición en la obra pardobaziana está ligada al carácter nacional de un determinado grupo étnico, caso de los “celtas agoreros”, *Ibidem*, p. 280, con los que Pardo Bazán se muestra más tolerante, y de quienes proviene, además, la leyenda popular de la Santa Compañía, a la cual dedica también un cuento —*La compañía* (1901), en *Obras completas. Emilia Pardo Bazán (IX)*, eds. Darío Villanueva y José Manuel González Herrán, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2005, pp. 339-344—, porque “ya que la superstición continúa infiltrada en las venas de este siglo tan despreocupado y escéptico, al menos que sea una superstición de abolengo” (Pardo Bazán, *La vida contemporánea*, p. 367). Si bien, es sabido que la superstición y la religión popular han sido tradicionalmente criticadas por las élites por lo que tienen “de paganismo, de primitivismo, de mentalidad prelógica” (Paulo de Carvalho-Neto, *La influencia del folklore en Antonio Machado*, Madrid, Ediciones Demofilo, 1975, p. 44).

81 Pardo Bazán, *La vida contemporánea*, p. 168.

82 Publicado en *La España Moderna*, enero, 1890, y recogido en *Historias y Cuentos de Galicia* (1900).

maravilloso e imposible. Cuanto más gorda es una rueda de molino, tanto más aprisa la comulga⁸³.

Aun así, un personaje que en la narrativa de la coruñesa lo intenta como forma de ascender socialmente es el criado el Gallo —*La madre naturaleza*—, contra quien Pardo Bazán arremete duramente, destrozando “cualquier rasgo amable que pudiera parecer ostentar”⁸⁴:

el Gallo se despepitaba por alardear de lector y pendolista y acostumbra por las noches [...] leerle a su mujer, en alta voz, el periódico político a que estaba suscrito [...]. Por supuesto que leía de tal manera, que no sólo al caletre algo obtuso de Sabel, sino al más despierto y agudo, le sería difícil sacar nada en limpio⁸⁵.

Como afirma Flores, “es difícil encontrar en la prosa de otros autores decimonónicos canónicos ataques tan duros como los suyos contra cualquier intento de desorganizar el *statu quo*”⁸⁶. De ahí que la Condesa, al mismo tiempo que reprocha y vilipendia a las clases bajas por la falta de instrucción, les niegue en su narrativa la capacidad natural para adquirirla, impidiéndoles de esta forma cualquier intento de medrar en la escala social y cultural y llegar a ser algo más que “pueblo”.

La coruñesa, siempre ojo avizor ante cualquier anomalía que pudiera dañar los pilares del orden social tradicional, comprendió pronto la ratonera en que había dado en convertirse el servicio doméstico para la clase privilegiada. No dudó por ello en derramar tinta ante tal ataque, que nacía en lo más íntimo y profundo del hogar burgués, hacia la posición

83 Emilia Pardo Bazán, *Un destripador de antaño*, en *Obras completas. Emilia Pardo Bazán (IX)*, eds. Darío Villanueva y José Manuel González Herrán, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2005, pp. 3-28 (p. 23).

84 Flores Ruiz, *Tormentos de amor*, p. 146.

85 Emilia Pardo Bazán, *La madre naturaleza*, ed. Ignacio Javier López, Madrid, Cátedra, 1999, p. 218.

86 Flores Ruiz, *Tormentos de amor*, pp. 146-147. Y por mucho que un personaje aparentemente algo diferente, “para la autora, cada individuo porta el signo indeleble de la clase social a la que pertenece”. Por ello, según ha notado Flores, *ibidem*, p. 147, “se hace tan fácil para el lector familiarizado con su narrativa identificar, al primer golpe de vista, a qué estamento pertenece cada personaje, independientemente de que el propio interesado no lo sepa”.

privilegiada de la clase a que por convicción se adhería. Desautorizar y denunciar aquellos cambios que desvirtuaban, quizá para siempre, una relación amo-sirviente que representaba la autoridad de una clase social frente a otra resultaba una necesidad imperiosa ahora que los criados, influenciados por la insumisión y rebeldía de los movimientos liberales, comenzaban a tomar conciencia de sí mismos y de su posición dependiente, lo cual suponía tantos problemas para el mantenimiento del servicio doméstico. De ahí que el tratamiento literario de la figura de los criados en sus relatos dé muestras de su posicionamiento elitista.

La Condesa vuelca el peso del deterioro de la relación principalmente sobre los criados, quienes no muestran ya los lazos de servidumbre y la fidelidad propia de otros tiempos hacia sus amos. Al contrario, estos criados, marcados por su propensión a los vicios y a unas prácticas supersticiosas que señalan su pertenencia a una clase biológicamente inferior, abandonan a sus señores desvalidos y buscan sus propios intereses, aunque para ello tengan que morder la mano que les da de comer; la codicia los lleva a “arramblar” con las propiedades ajenas, y el resentimiento de clase los corroe, por lo que no dudarán en actuar directamente contra sus amos o en chantajearlos aprovechándose del conocimiento de sus interioridades, dando así su sentido más amplio a la expresión “enemigos domésticos” con que en la época eran designados por sus señores. A pesar de ello, todavía guarda tinta doña Emilia para reseñables excepciones de la buena servidumbre, pues en su narrativa breve deja ver manifestaciones de un elitismo vacilante y ambivalente, salpimentado por un puñado de vaivenes entre algún caso particular, digno de consideración, empatía y reconocimiento, y ante el cual muestra su lado más humanitario, denunciando las miserables condiciones de vida de los miembros del servicio doméstico —*Inútil*, *El gemelo*, *Durante el entreacto*; o *Morriña* en su novelística—, y la norma, protagonizada por numerosos personajes, generalmente secundarios, que pueblan su producción cuentística —el resto de los relatos analizados en este trabajo— y sobre los cuales vierte todo ese arsenal de lugares comunes y estereotipos negativos, difundidos por los círculos elitistas con el propósito de defenderse de unos criados que poco a poco roían “honra, hacienda y vida” y, con ellas, la legitimidad de su posición de poder.